

ARTURO GONZALO AIZPIRI

LA CÓLERA DE ANÍBAL

Novela histórica

Tras los dramáticos sucesos que pusieron a Aníbal al frente de los ejércitos cartagineses, la tensa pausa del invierno se ha instalado en Ispania. Todos saben que esa tregua durará lo que tarde en llegar la primavera. Aníbal toma las riendas de los territorios conquistados por Amílcar y Asdrúbal y prepara sus nuevas campañas, empujado por una ambición sin límites. Al mismo tiempo vigila los movimientos de sus enemigos en Roma, en la propia Cartago y, sobre todo, en el interior de Ispania. Comprende que todas sus aspiraciones dependen de su capacidad de doblegar a la coalición de pueblos íberos que le hace frente. La rebeldía de ólcades y oretanos es, además de una amenaza militar, una ofensa a la reputación de Cartago y al honor de la familia Barca que no puede seguir tolerando.

Tras el éxito de *El heredero de Tartessos* y *El cáliz de Melqart*, Arturo Gonzalo Aizpiri lleva a los lectores a aquel momento vertiginoso en que Aníbal Barca, comandando a los cartagineses en la península Ibérica con un talento militar, una audacia y un carisma personal sin parangón desde Alejandro Magno, se dispuso a cambiar para siempre el curso de la Historia. *La cólera de Aníbal* pone el esperado broche final a la *Trilogía de Aníbal*, una epopeya que ha cautivado ya a millares de lectores. Y lo hace con uno de esos relatos memorables donde los grandes hechos militares no impiden prestar atención a personajes que, con su incondicional humanidad, nos invitan a acompañarlos. Y que se empeñan en permanecer con nosotros tras la última página.

*Para Lara, Víctor, Xavi y los
pequeños Emma y Hèctor.
Por haberme ofrecido sus
sueños y haber hecho
propios los míos.
Para mis hermanos Gema,
Aurora, Ángel, Nacho...*

*... y Alejandro, que me
regaló toda una vida de
recuerdos infinitos. Nunca te
olvido.*

AGRADECIMIENTOS

Tras una novela hay siempre un relato de gratitud. De lo contrario, creo que no merecería ser escrita. Concentra y expresa tantos meses de trabajo, tantas circunstancias y avatares, que por fuerza tiene que acabar convirtiéndose en un prolongado episodio de la vida misma, y por ello algo llamado a ser compartido con gratitud. Más aún cuando no es una novela, sino tres, extendiéndose a lo largo de catorce años.

También, como en la vida, en la literatura hay agradecimientos que se manifiestan cotidianamente, en la gimnasia de la convivencia. En esa categoría están los míos: mi Anglea, mis hijos y ¡qué maravilla!, mis nietos Emma y Hèctor, recién llegado a la aventura de la vida. Ellos hacen que mis días sean un licor que no cambiaría por nada. Ahí están también mi madre, mis hermanos, mis amigos Canallas, decididos a seguir acompañándome en los muchos empeños quijotescos que acometemos. Y, cómo no, Sandra, Javi y Jaime, que con su generosidad incondicional hacen que seguir soñando libros y dándolos a la luz sea más una cuestión de amistad que de afán. Junto a ellos está Ángeles Pavía, mi revisora, y el resto del equipo de Teloseditamos, que no solo aportan buen juicio y profesionalidad, sino

también el empeño incansable de los que ponen tanta pasión como convicción en lo que hacen.

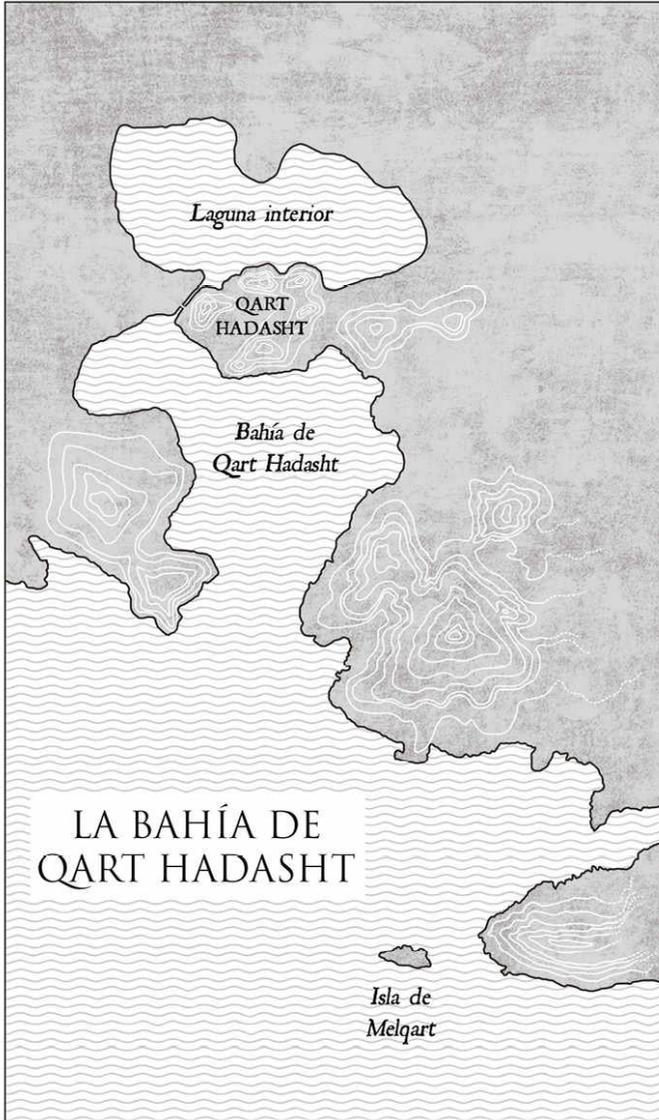
Hay otros agradecimientos que se dirigen a personas que han aparecido tan solo durante un instante en la gestación de la novela, como una intersección efímera, y han seguido su camino sin imaginar seguramente la huella que han dejado. Escribiendo ahora esta nota en una noche ardiente de julio en Madrid, pienso que mi gratitud hacia ellos forma parte del enigma que convierte en algo tan maravilloso el ejercicio de la literatura. Ya lo he dicho: escribir es compartir. De este sentimiento son protagonistas un gran número de lectores, que no dejan de enviarme mensajes de afecto y aliento. Ahí están la familia Gracia, que me hace sentir parte de ellos; la multitud de gente de bien que dan vida a Hislibris (Íñigo, Farsalia y tantos otros); Óscar HE, con sus frecuentes pistas sobre la protohistoria de España, y Rosa Lorenzo, que me envió una foto de la portada de *El heredero de Tartessos* desde las playas de Jandía cuando mayor bien podía hacerme.

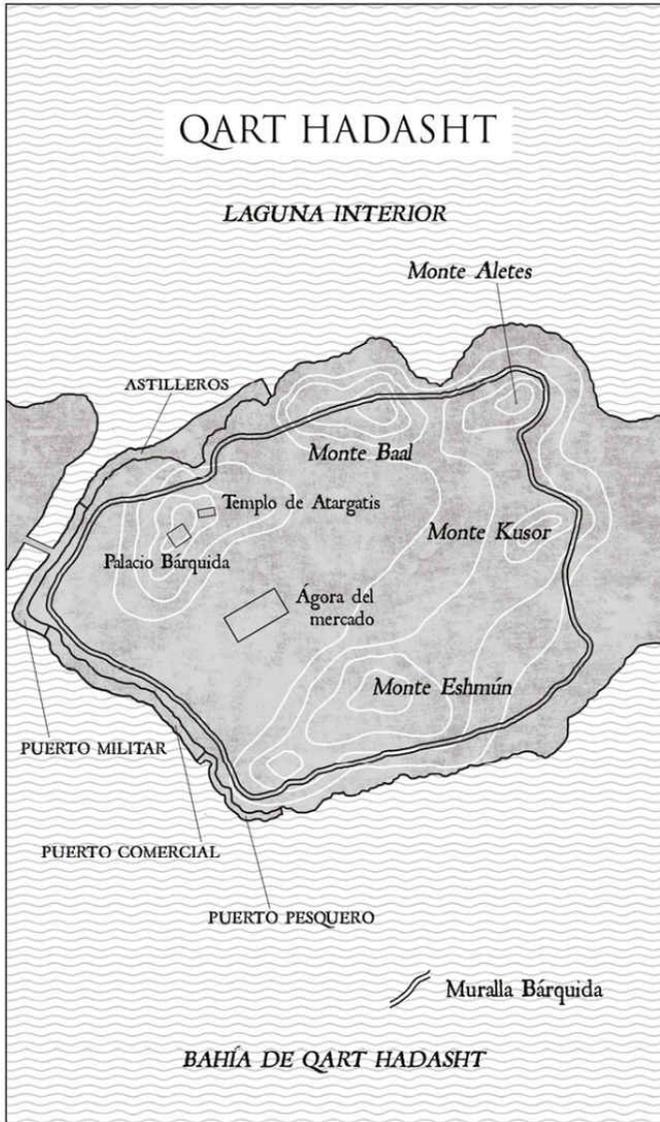
No quiero pasar por alto a quienes me ayudaron en mayor o menor medida a transitar el camino de los antiguos: Pepi, del museo municipal de Linares; Ginés y Antonio Quiles del yacimiento de Cástulo; Óscar, del centro de interpretación del cerro de los vetones en Medinilla; Yarima, del minúsculo museo de El Raso de Candeleda; Cristina Alario, del cerro de San Vicente en Salamanca. A todos ellos les agradezco algo tan simple y grande al mismo tiempo como es tomarse la molestia. Hacer que la vida merezca la pena no es otra cosa que tomarse la molestia.

De otros académicos y expertos que me han regalado su sabiduría, junto a aquellos que menciono en la nota del autor, destaco hoy a Pilar González Serrano y Carlos García Gual. En ellos van parejos el conocimiento sin estridencias y la chispeante bondad de los realmente grandes.

Una última anotación para acabar. Mi gratitud a Ludovico Einaudi. Su música ha estado presente más que ninguna

otra durante la escritura de la novela. Los capítulos XL y XLI han sido fertilizados con *Una mattina*, en especial con el tema *Nuvole bianche*.





«Solo tú, Aníbal, crees que la gloria no tiene límites, que morir en paz es indigno de hombres guerreros».

SILIO ITÁLICO, *La Guerra Púnica*.

PARTE PRIMERA

COMO CAUTIVA DE GUERRA

«Al llegar al Helesponto alcanzó su flota de naves y cruzó de Europa a Asia. Allí hincó en el suelo su lanza y dijo que conquistaría Asia como cautiva de guerra».

PSEUDO CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*

CAPÍTULO I

—**H**AY un viajero en la puerta, tío Argonio. Un extranjero. Dice que trae noticias y quiere verte.

Argonio levantó la mirada del rollo que estaba leyendo y la fijó en Adara. La expresión del rostro de ella mostraba la misma emoción a punto de desbordarse que el timbre de su voz. Como siempre, le resultaba irresistible administrar las novedades y los secretos en pequeñas porciones.

—¿Noticias? ¿Ha dicho cuáles?

Adara negó con la cabeza.

—No. Ha dicho solo que tendrás el mayor interés en conocerlas. Y, sean cuales sean, deben proceder de muy lejos. Tiene aspecto de haber venido cabalgando desde la costa.

—Te habrá dado, al menos, un nombre.

—Eso sí —confirmó Adara con una sonrisa—. Ha dicho que se llama Bobdal. Bobdal de Cartago.

Argonio recibió al viajero en el vestíbulo que utilizaba para discutir cada mañana con sus visitantes los asuntos de la ciudad. Era una estancia sobria con asientos alrededor de una mesa baja, sendos ventanucos abiertos al patio interior y a la calle, y las paredes enlucidas con una arcilla de color rojo. El suelo estaba pavimentado con un empedrado de guijarros formando rombos que alternaban el blanco y el negro.

Después de que Adara hiciera pasar al hombre, Galduri-aunin, la sirvienta, colocó sobre la mesa los testimonios de hospitalidad de la casa: dos copas, un cuenco de agua con un paño para las manos, higos, olivas y sendas jarras de

agua y vino para mezclar. A continuación, las dos mujeres abandonaron la estancia.

Argonio aprovecho para observar al viajero. Aunque parecía ser algunos años mayor que él, el tiempo había actuado de un modo muy distinto sobre ambos. Mientras que en Argonio había producido una calvicie total, una delgadez extrema y una palidez barbilampiña que le daba un aspecto casi traslúcido, el extranjero tenía una cabellera entrecana a la que aún se asomaba con vigor el pelo negro, y una piel tostada en la que se marcaban las facciones duras y afiladas como piedras emergidas de la arena. Era delgado y su forma de moverse traía a la imaginación la gastada flexibilidad del cuero viejo. Vestía una indumentaria de colores grises y pardos cuyo único atributo era el propósito evidente de pasar inadvertido. Tenía en los ojos un brillo vivaz e inteligente, al que no parecía ajeno el humor. Más allá del vago aire fenicio de las facciones que corroboraba su gentilicio, nada hubiera podido decirse sobre su origen.

—Bobdal de Cartago, sé bienvenido a nuestra ciudad y a mi casa. Soy Argonio de Hélike. Me dicen que nos traes noticias, y la edad me ha enseñado que cuando vienen de lejos rara vez son venturosas. Te escucho.

El viajero asintió y sonrió. Era una de esas sonrisas que encierra más alivio que alegría. Tal vez el de quien alcanza un destino largamente buscado.

—Por Baal Hammón que me complace verte, Argonio de Hélike. Has cambiado mucho, pero en realidad debería decir verte de nuevo. Hubo un tiempo en que nos cruzamos por las calles con frecuencia, aunque entonces eras solo un niño. ¿No me recuerdas?

Argonio alzó las cejas y quedó mirando con fijeza a su interlocutor. Hablaba el íbero con suma corrección y su acento era el de un oretano bien educado. Y ahora que era eso lo que buscaba, sus facciones le resultaron vagamente familiares. Si lo había conocido de niño, entonces...

—¿Hélike? ¿Estuviste en Hélike?

—Algo más que eso. Viví en Hélike con mi familia durante años, cuando tu padre gobernaba la ciudad. Hasta que la guerra con Amílcar —hizo un gesto fugitivo con la mano— nos expulsó de allí a todos los fenicios.

¿De modo que Bobdal era uno de los comerciantes y artesanos fenicios que habían vivido en Hélike? Hasta que la guerra vino a trastocarlo todo, Argonio los tuvo a todos ellos por heliketas como los demás, si acaso objeto de una curiosidad especial por su atuendo y costumbres algo peculiares. A los ojos de un niño oretano los fenicios representaban la puerta abierta en la cotidianidad a lo exótico, lo desconocido. Le parecía imposible cuánto había cambiado su mundo desde entonces. Y ahora la llegada del hombre despertaba aquellos y otros muchos recuerdos, que agitaban en su interior el agua estancada del pasado. Todo ello le hizo sentir una curiosidad más urgente por los motivos del viajero para llegar hasta él.

—Tendré el mayor interés en conocer más adelante el relato de tu vida, Bobdal. Pero no es ese el motivo de tu visita; me dicen que traes noticias. ¿Debo entender que has viajado desde Cartago solo para traérmelas? Sería un honor difícil de comprender.

Bobdal asintió, esbozando una sombra de tristeza.

—La humildad es una virtud siempre apreciada por los dioses. Ahora comprenderás la razón de mi viaje: ha llegado a Cartago una nueva que te causará tanta alegría como a mí me causó tristeza.

Argonio extendió ante sí las palmas de las manos, evitando cualquier muestra de impaciencia, pero invitando al otro a hablar.

Bobdal tomó aire y lo expulsó sacudiendo la cabeza de un lado al otro, como si no terminara de creerse lo que iba a decir a continuación.

—Aníbal ha muerto. ¡Aníbal Barca ha muerto!

Argonio dejó transcurrir en silencio un largo instante. ¡Aníbal muerto! Buscó dentro de sí y apenas encontró un rastro de la alegría que el púnico le había anticipado. Cada vez le ocurría más eso: hechos o noticias que en otro tiempo le hubieran causado una honda emoción, no conseguían ahora quebrar una serenidad que tenía no poco de indiferencia. En verdad no le faltaban motivos para el regocijo: nadie había causado tanto dolor a su familia como Aníbal, hijo de Amílcar, ¡pero de eso hacía tanto tiempo! Poco a poco el Bárquida se había ido convirtiendo en el protagonista de noticias lejanas, hasta encarnar poco más que un nombre que se disolvía en la penumbra del tiempo. ¿Cuántos años habían transcurrido desde entonces? Los suficientes para que el mundo se hubiera convertido en un lugar tan diferente que ya no parecía tener sitio para uno de los hombres que más había contribuido a darle forma. No, no sentía alegría. Tal vez todo lo contrario: un vacío, una suerte de melancolía.

Se dio cuenta de que Bobdal lo observaba con curiosidad. Dejó a un lado una repentina urgencia por estar solo.

—Una noticia importante, ciertamente. Espero que puedas decirme algo más que eso. Dónde y en qué circunstancias, por ejemplo.

—Claro que puedo. Sin embargo, las nuevas hay que tomarlas con cautela. Tratándose de un personaje como Aníbal, el relato se carga con rapidez de leyenda e imaginación. Se diría que nuestro mar es el mayor fabulador que existe. Cada barco que llega desde Levante al puerto de Cartago trae una versión diferente...

—Te agradecería brevedad con los prolegómenos.

Bobdal asintió con un gesto de excusa, como hacen quienes son conscientes de su excesiva locuacidad.

—Pasando por alto, como dices, los prolegómenos, Aníbal murió la primavera pasada en Libisa de Bitinia a la edad de sesenta y tres años. Al parecer, tomó un veneno que llevaba oculto en una sortija. Le empujó a ello la pérdida del

favor del rey Prusias, quien lo había acogido para beneficiarse de su talento militar en la guerra que mantenía, y por lo que sé aún mantiene, con el rey Eumenes de Pérgamo.

Argonio se rascó la cabeza y se sirvió vino. Aunque hacía todo lo posible por mantenerse al corriente de los acontecimientos que tenían lugar en el mar de Levante, todo se le iba haciendo progresivamente más confuso. Roma transformaba el mundo a una velocidad mayor de la que él era capaz de asimilar.

—Bitinia, Pérgamo... Hubo un tiempo en que ansié visitar esos lugares. ¿Sabes, extranjero?, siempre me ha fascinado el mundo de los griegos. Creo que nadie como ellos ha contribuido a elevarnos sobre la condición de animales refinados que nos persigue desde que los dioses nos abandonaron sobre la tierra para divertirse a nuestra costa. ¡Las ciudades y reinos de los griegos! Bastaba con que nombres como esos aparecieran en las obras de los antiguos dramaturgos para que adquirieran atributos fabulosos en mi imaginación. Y, sin embargo, sé bien poco de ellos. Las noticias sobre aquellos lugares lejanos son la más escasa de las mercancías en este agreste rincón de Ispania.

Bobdal sonrió y bajó la mirada hacia sí mismo, como si el polvo de su indumentaria diera suficiente testimonio de lo arduo que resultaba llegar hasta allí.

—Pero me sorprende saber —prosiguió Argonio, tras beber de su copa— que siguen haciendo uso de la más triste prerrogativa de los pueblos, que es combatirse mutuamente; ¿es que Roma no ha puesto aún sus codiciosas manos sobre ellos?

—Roma lleva veinte años poniendo sus manos sobre ellos. Son codiciosas, pero también astutas. Si los romanos son hábiles e implacables en la guerra, lo son aún más para servirse en beneficio propio de las rencillas ajenas. *Divide et impera* es su lema; divide a tu enemigo y vencerás. Exactamente lo mismo que están haciendo aquí, en Ispania, si no estoy mal informado...